

Texto del primer finalista del Quinto Concurso de Cuentos Infantiles de Adiós Cultural

EL ÁRBOL DE MAGGIE

Mónica González

I

Esta mañana ha llovido y mi hermano Lenny ha entrado en el salón con las zapatillas llenas de barro y el balón de fútbol debajo del brazo. Acercándose al sofá en el que estaba sentado mi padre, le ha preguntado en voz baja:

—Papá, ¿puedo comerme unos ositos gominola?

—Ya sabes las reglas sobre chuches—le ha dicho mi padre sin dejar de mirar a la televisión. Lenny ha puesto los ojos en blanco.

—Sí, papá, nada de dulces antes de cenar... —y, mirando al suelo, ha dado media vuelta. Pero de repente mi padre se ha girado hacia Lenny con una media sonrisa.

—Aunque, ahora que lo pienso —le ha susurrado con los ojos brillantes—, tal vez hoy podríamos hacer una excepción... ¿Me traes unas cuantas a mí también, campeón? —le ha dicho guiñándole un ojo.

Y justo cuando le estaba recordando a Lenny cuáles eran sus favoritas —las nubes y las moras de color negro—, ha aparecido por detrás mi madre, lanzándole millones de rayosX con los ojos:

—¿Ya estamos otra vez? Habíamos quedado en una vez por semana y ya van tres días seguidos... ¿Es que no se te puede ocurrir darle algo de fruta al niño, aunque sea por una vez en la vida?

Pero mi padre no se ha movido del sofá. Ha inclinado la espalda hacia delante y, sin dejar de mirar al suelo, como si buscara algo, ha respirado hondo muchas veces, mientras mi madre hablaba sin parar sobre caries y dolores de barriga. Menos mal que no se ha dado cuenta del rastro de tierra que ha dejado Lenny con sus botas desde el jardín.

Estoy segura de que, muy pronto, a la abuela Maggie se le ocurrirá algo ingenioso para darle un escarmiento a mi padre. La última vez que él nos encogió los jerseys en la lavadora, la abuela le escondió el mando de la tele durante toda la semana.

—Mira, Lola, si valieran para algo tantos rapapolvos —me dice siempre

levantando las cejas—, los niños a los que más castigan serían los que mejor se portan,
¿y verdad que no es así?

Y a mí me parece que nadie en el mundo podría haberlo explicado mejor.

II

La abuela Maggie vino a vivir con nosotros el año pasado, después de pasar muchos días en el hospital. Sé que ella está enferma, aunque no le gusta hablar sobre ello. Mis padres trabajan en un supermercado, están todo el día muy ocupados y, cuando vuelven, ya es casi la hora de dormir. Pero después de hacer los deberes, la abuela nos enseña a silbar canciones arrugando los labios; a hacer serpientes de rombos verdes y amarillos rellenando de arena un par de calcetines viejos; a jugar a la brisca y a la rayuela; a coger moras sin arañarnos las manos y a hacer competiciones de besos ruidosos.

Mañana, que además es domingo, es su cumpleaños. Cumple ochenta y cuatro años. Pero nada hay en ella que recuerde a una de esas ancianas de los cuentos. Ni tiene el pelo blanco ni se lo recoge en un moño. Nunca lleva delantales de cuadros ni chaquetas de lana de las que pican a rabiarse. Tampoco se esconde pañuelos debajo de las mangas y mucho menos tiene una pinza entre los dedos, como las de los cangrejos, para pellizcar mofletes y ponerlos bien colorados. Y, además, su perfume tampoco huele igual que el comedor del colegio los días que hay repollo.

A la abuela Maggie no le gusta mucho tener que limpiar y planchar todos los días. Sulema es: «Todos ensuciamos, todos limpiamos», así que Lenny y yo también hacemos nuestra parte: cambiamos las sábanas, ponemos y recogemos la mesa, tiramos la basura... Lo hagamos mejor o peor, la abuela dice que lo más importante es estar siempre dispuestos a ayudar. Así que, a la voz de: «¡Equipo de limpieza!», los dos corremos como centellas a por nuestros trapos y bayetas.

Tampoco se le da bien a la abuela Maggie coser ni hacer bizcochos. A veces, Lenny y yo bromeamos diciéndole que, si hubiera participado en ese concurso de cocina que echan los lunes por la noche, habrían tenido que llamar a los bomberos del desastre que habría organizado.

Pero lo mejor de todo es que, con la abuela Maggie, vino también Max. Es un bulldog inglés, musculoso y con la frente arrugada, que siempre gruñe a Lenny nada más verlo. En cuanto se despista, le abre los cajones y le hace agujeros en los calzoncillos. Y no me extraña, porque mi hermano se pasa todo el día haciendo rabiarse al pobre Max.

Últimamente, la abuela Maggie repite muchas veces que es muy mayor y que ha vivido ya muchos años. Cada vez que la escucho decirlo, pienso que quizás no le queda mucho tiempo de vida y siento como un pellizco muy grande en la tripa.

Creo que Max también sospecha lo mismo, porque ahora duerme siempre con ella a los pies de su cama. Es muy extraño, porque antes nunca le dejaba subirse al edredón para que no lo llenase todo de babas. Y también es raro porque Max no para de roncar y la abuela hasta ha tenido que comprarse unos tapones para los oídos...

Esta mañana cuando volvíamos a casa después de comprar el pan, hemos visto en la carretera a una paloma a la que había atropellado un coche. Nos ha dado mucha pena y Lennyle ha preguntado a la abuela qué ocurre cuando alguien se muere.

—Pues las personas se mueren cuando ya no respiran, no comen, no hablan, no piensan y no sienten nada —nos ha explicado—. Su corazón deja de latir y los pulmones dejan de funcionar.

—¿Y los perros ya no comen nunca más? ¡Si Max nunca puede parar! —le ha contestado Lenny con los ojos muy abiertos.

A mí me han entrado muchas ganas de llorar cuando me he girado para mirar otra vez a la paloma. ¿Se morirá también la abuela Maggie? ¿Y dejará de respirar, de hablar y de comer?

—¿A ti te da miedo morirte, abuela? —le he preguntado.

—La muerte no me da miedo, cariño —me ha dicho acariciándome el pelo—. Es algo natural, forma parte del ciclo de la vida y no se puede evitar.

Y después la abuela Maggie, que lee muchos libros y es muy sabia, nos ha contado que un escritor que tenía nombre de mago se imaginó una vez que la muerte dejaba de matar.

¡Y la que se armó! Seguían naciendo niños y más niños y todos los demás se hacían más y más ancianos. Ya casi no podían caminar ni comer de lo mayores que eran. Y como nadie se moría, cada día había menos espacio y menos comida y todos tenían hambre y vivían tan apretujados como en una lata de sardinas. Lenny y yo nos hemos quedado boquiabiertos. Nunca habríamos imaginado que, si la muerte un día dejara de matar, ocurrirían tantos desastres en el mundo.

Después de comer, mientras recogíamos los juguetes del jardín, Lenny le ha contado a papá lo de la paloma y él le ha dicho que no se preocupase, que lo más probable es que solo «estuviera dormida». La abuela le ha mirado como si no se enterase de nada, igual que

cuando ponen una canción de Los Beatles en la radio y mi padre dice «¡Qué buenos los Beach Boys!»

Solo con ver su mirada, ya sabía yo que recibiría una de las famosas «venganzas sin regañinas» de la abuela cuando menos se lo esperase. Y así ha sido... Ella se ha marchado a la cocina y, por un «pequeño descuido», se ha dejado el frigorífico entreabierto. Después, le ha hecho a Max una señal y enseguida ha olisqueado la gran ristra de salchichas que mi padre guardaba como un tesoro para la cena. ¡Menudo festín se ha dado! La bandeja estaba tan reluciente como si acabara de salir del lavaplatos. Se ha comido hasta las cuerdas que separan las salchichas y ha estado una hora relamiéndose los bigotes. Y claro, con la tripa a punto de explotarle, se ha pasado toda la tarde dormido en la alfombra y tirándose montones de «pedetes», tan fuertes y tan sonoros, que han acabado despertando a mi padre de la siesta.

Se ha levantado de muy malas pulgas; ha empezado a gritar que allí «olía a podrido» y le ha echado la culpa a las bombas fétidas de Lenny. Y después de todo el jaleo, se ha enfadado todavía más cuando se ha dado cuenta de que sus salchichas habían desaparecido y era bastante probable que se tuviera que ir a la cama sin cenar.

Mientras mi padre rebuscaba en los armarios y hasta debajo de los sillones, la abuela Maggie, Lenny y yo hemos salido, sin hacer ruido, por la puerta del jardín. Los tres estábamos muy emocionados porque tan solo faltaban ya unas horas para su cumpleaños y nos ha llevado a cenar una pizza margarita a nuestro restaurante favorito.

La abuela no tenía mucho apetito, así que nos hemos llevado la mitad de la pizza para Max, que se ha puesto a dar vueltas como un loco en cuanto nos ha visto y ha descubierto la caja. En unos segundos no ha quedado ni una miga, ¡como si no acabara de ponerse morado con las salchichas de papá!

Al entrar en el salón, hemos visto a mi padre dormido otra vez en el sofá. Sus ronquidos retumbaban por toda la casa, haciendo que tintineasen y chocaran entre ellos los platillos y las tazas de café que guarda mi madre en la vitrina del salón.

Cuando ya estaba casi dormida, la abuela Maggie ha venido a darme un beso de buenas noches y he sentido como un ruido de papeles mientras colocaba mi almohada. Pero estaba tan cansada que quizás lo haya soñado...

IV

Esta mañana, Max ha entrado muy nervioso en mi habitación. Y me ha parecido muy extraño porque todavía era muy temprano y, si hubiera sido un día normal, no le habría despertado ni un terremoto. Ha estado un buen rato mordiendo el edredón hasta que, a fuerza de tirar, al final ha conseguido echarlo al suelo. Después, ha empezado a llenarme la cara de babas y lametones para espabilarme.

—Vamos, vete, Max... Tengo mucho sueño... Déjame dormir un ratito más... Pero Max ha comenzado entonces a ladrarme muy fuerte.

Y de pronto me he levantado de golpe de la cama, como si acabara de despertarme de una pesadilla.

Todavía descalza, he ido corriendo a la habitación de la abuela. Iba tan rápido que me he tropezado en el pasillo con el médico. Llevaba en la mano un maletín negro tan gordinflón como su barriga. Al verme, ha intentado que le saliera una sonrisa, pero solo con mirarle me he dado cuenta de que algo malo había ocurrido.

Me he asomado a la puerta y, muy despacio, he ido hasta la cama de la abuela Maggie. Estaba muy pálida y le costaba respirar. Oía muy fuerte a medicinas. Mi madre me ha dado un beso en el pelo y le ha acomodado después los almohadones a la abuela.

Max estaba tumbado a los pies de la cama y, cada pocos segundos, levantaba sus ojos bondadosos para vigilar a la abuela. Nunca antes le había visto tan triste. Desde la puerta, mi padre se rascaba la cabeza sin saber muy bien qué hacer. Todavía llevaba la misma ropa del día anterior.

He sentido un pellizco muy grande dentro de la tripa y muchas ganas de llorar. Pero la abuela me ha cogido de la mano y me ha sonreído. ¡Me ha gustado tanto verla sonreír! Sentada en el borde de la cama, me he recostado junto a ella, con mi mejilla apoyada en su mano. Me he quedado mucho tiempo así, muy quieta. De vez en cuando, Max me lamía el codo.

—Estoy aquí con Max, abuela —le he dicho muy bajito—. No queremos que te sientas sola el día de tu cumpleaños.

V

Aunque es Navidad, este año me gustaría que todas las luces estuvieran apagadas. Es como si tuviera un gran peso dentro del cuerpo. En el corazón y en la tripa. Ya no tengo ganas de jugar ni de estar con mis amigos. Aunque fuera haga sol, veo el mundo de un color azul oscuro casi negro. La casa está siempre silenciosa y hasta Max aparta con el hocico sus galletas crujientes con forma de hueso.

Pero esta noche, justo cuando iba a acostarme, ha ocurrido algo increíble. ¡Había una carta de la abuela Maggie debajo de mi almohada! Con el corazón a punto de estallarme en el pecho, he abierto el sobre a toda prisa y he comenzado a leer:

«Querida Lola,

Sé que estos días me echas mucho de menos. ¡Yo también a ti! Lo que estás sintiendo es tristeza. Es normal que quieras llorar a veces, estar en silencio o que no tengas tantas ganas de salir y jugar como antes. Pero cada noche, antes de dormir, mira a las estrellas y piensa en mí. Te darás cuenta de que sigo viva en tu corazón, como tú y Lenny lo estáis en el mío. Recuerda siempre la suerte que tienes por estar viva en este preciso instante. ¿Recuerdas cuando jugábamos a imaginar todo cuanto había tenido que ocurrir para que tú nacieras? Tú me decías que, tan solo con que uno de tus tatarabuelos no se hubiese atrevido a invitar a bailar a tu tatarabuela, entonces quizás ya no habrías nacido. Y luego Lenny nos enseñaba su cómic favorito, cuando Charlie le decía a Snoopy: «Un día nos vamos a morir» y él le contestaba: «Cierto, Charly, pero los otros días no».

Sigue adelante, pequeña. Sigue creyendo que todo es posible. Viviendo sin prisas. Contando estrellas y cantando bajo la lluvia. Haciendo castillos de arena y caminando descalza por la hierba mojada. Pinta, salta, baila, lee, abraza y sonríe siempre.

No estoy lejos, cielo, tan solo a la vuelta del camino. Te prometo que algún día la vida nos volverá a encontrar. Gracias por el camino compartido, Lola.

Te quiero mucho.

Tu abuela

Maggie».

VI

Hoy hace cinco años que murió mi abuela Maggie. Aquel día, plantamos un manzano en el jardín y esparcimos sus cenizas sobre la tierra. Este año ha dado sus primeras manzanas, rojas y brillantes, y todos dicen que son las más dulces y jugosas que han probado nunca.

El manzano es mi lugar favorito en el mundo. Cada vez que estoy triste, me siento a los pies del árbol, con la cabeza de Max apoyada sobre mis rodillas, y pienso en mi abuela Maggie. Al hacerlo, siempre me siento mejor. Por eso le llamo «el árbol de la vida». Y como cada aniversario, el día de su cumpleaños le pido a mi padre que encienda una vela y, mirando su fotografía, repito en mi mente, palabra por palabra, la carta que ella me dejó debajo de la almohada.

La sombra redonda de la copa del manzano, cada vez más grande y frondosa, nos cobija a Max y a mí y me recuerda que, allí donde esté, mi abuela me protegerá siempre.

Ella vive en mí.

Autora: Mónica González